

Mary Whiton Calkins: La Psicología como ciencia del *Self*

Silvia García Dauder

Universidad Rey Juan Carlos

silvia.dauder@urjc.es

“Con cada año que vivo, con cada libro que leo, con cada observación que inicio o confirmo, estoy más profundamente convencida de que la psicología debería ser concebida como la ciencia del *self*, o persona, como relacionada con su entorno físico y social. (...) Con *selves* quiero decir seres conscientes, totalidades únicas y complejas, idénticas aunque cambiantes, relacionadas con su entorno -los seres distintivos, indicados por expresiones como “estoy decepcionado”, “te envidio” o “te admiro”. (Calkins, 1930: 41-42).

Introducción: Re-situando a las mujeres en la historia de la psicología

Según la historiógrafa feminista Gerda Lerner (1992), resituar a las mujeres en la historia de la psicología no debería limitarse a una *historia compensatoria* que recupere nombres perdidos en el naufragio femenino de la travesía histórica de la disciplina; ni a una *historia de sus contribuciones* al progreso científico en función de los parámetros dominantes en psicología; sería fundamental, también, regenerar y reconstruir una historia de las mujeres en la psicología “en sus propios términos”, recuperando contextualmente sus nombres y sus contribuciones infravaloradas u olvidadas, narrando sus *experiencias y situaciones* diferenciales marcadas por la división sexual. Siguiendo a Lerner, varios trabajos han tratado de resucitar el nombre, la obra y las experiencias de Mary Whiton Calkins para desvelar otro de esos “secretos recelosamente guardados” por una historia mítica de la psicología “sin mujeres”¹. En la misma línea, nuestro objetivo al traducir estos dos textos de Calkins es no sólo que se conozca el nombre y se reconozca la foto de esta pionera psicóloga estadounidense, con la misma familiaridad con la que se conoce el nombre de William James o John Dewey; y no sólo que se conozca su sistemático estudio sobre la “psicología del *self*”; sino también que se reflexione sobre las políticas de género y conocimiento de la disciplina a partir del trabajo historiográfico sobre las pioneras psicólogas.

¹ Especialmente los trabajos de Laurel Furumoto (1979, 1991) y su magnífico libro de 1987 con Elizabeth Scarborough, *Untold Lives: The First Generation of American Women Psychologists*. Véase en castellano, *Psicología y Feminismo. Historia olvidada de mujeres pioneras en Psicología* (Silvia García-Dauder, 2005).

Pero vayamos por partes. Por si alguien se pregunta ¿quién fue esta “Mary Whiton Calkins” que deberíamos recordar y cuáles fueron sus aportaciones a la psicología?, recurriendo a los parámetros de reconocimiento dominantes, podríamos dar el rotundo dato de que fue doble presidenta de la *American Psychological Association* (en 1905, la decimocuarta de ambos sexos y la primera mujer presidenta²) y de la *American Philosophical Association* (en 1918). Sólo dos personas han obtenido ambas menciones, James y Dewey, de ahí que los mencionáramos antes considerándolo como un justo criterio de comparación. Podríamos seguir con esta enumeración de contribuciones al progreso científico de la disciplina, señalando que trabajó durante sus primeros años en la psicología experimental de laboratorio, centrándose en los estudios sobre asociación, e inventando la técnica de pares asociados tan utilizada posteriormente en investigaciones sobre memoria. Si asociamos el reconocimiento a la producción científica, en este período (antes de 1900) publicó en revistas de prestigio -la *American Journal of Psychology*, la *Psychological Review* o la *Philosophical Review*, entre otras- más de una veintena de artículos sobre sus diferentes investigaciones en psicología experimental desde el laboratorio del Wellesley College. Hacemos aquí un inciso para introducir una contribución recuperada por historiógrafas feministas, pero que pasó bastante desapercibida por los guardianes de la historia con mayúsculas de la psicología. Calkins tuvo también el mérito de protagonizar lo que se ha considerado como la “primera controversia sobre diferencias sexuales en procesos cognitivos en la literatura psicológica” (Furumoto, 1979): la controversia Calkins-Jastrow (Wellesley-Wisconsin), recogida en las páginas de la *Psychological Review* en los años 1895 y 1896, con varios artículos bajo el título “Community of ideas of men and women” –y en la que también intervinieron Cordelia Nevers (discípula de Calkins en Wellesley) y Amy Tanner (desde la Universidad de Chicago, incidiendo en la importancia del hábito en las diferencias)³. Contrastando con las grandes fechas y las grandes teorías recogidas en los manuales históricos tradicionales, es ésta una contribución importante por cuanto introdujo en la psicología un enfoque social, o ambientalista si se quiere, en el debate sobre las diferencias sexuales, frente a las posturas naturalistas y biologicistas que muchos psicólogos del momento estaban utilizando para argumentar la inferioridad de las mujeres y su incapacidad o indeseabilidad para la educación superior. Un enfoque que, por otro lado, fue característico también de otras pioneras psicólogas como Helen Thompson Woolley o Leta Stetter Hollingworth:

“Un estudio estadístico puede ciertamente, si está suficientemente extendido, establecer diferencias características entre los intereses de varones o mujeres, y todas las conclusiones del Dr. Jastrow pueden de hecho ser interpretadas de esa forma. Mr. Havelock Ellis, sin embargo, y Dr. Jastrow, quizá, con la expresión ‘rasgos mentales masculinos y femeninos’, pretenden una distinción entre el intelecto per se masculino y femenino, a mi entender se trata de algo fútil e inviable,

² Desde su fundación en 1892 hasta 1970 ¡sólo dos mujeres! –Calkins y Margaret Washburn (en 1921)- ocuparon el puesto de presidentas de la *American Psychological Association* (APA). Parece existir dentro de las sociedades profesionales una barrera crítica o techo de cristal que impide la existencia de una presidenta mujer una vez la sociedad llega a un tamaño particular. Cuando la APA era un grupo relativamente pequeño (menos de 400 miembros), desde 1893 a 1921, hubo dos mujeres presidentas. Pero en la medida en que la sociedad fue creciendo, se fueron limitando las oportunidades de cualquier mujer para alcanzar el puesto.

³ Un análisis detallado de esta primera controversia se encuentra en García Dauder (2005).

debido a nuestra total incapacidad para eliminar los efectos del ambiente. Hoy en día las diferencias en la educación y tradición de varones y mujeres comienzan en los meses más tempranos de la infancia y continúan a lo largo de la vida. La mayor parte de las preferencias que han sido encontradas en los dos experimentos, por ejemplo la preferencia de las mujeres por lo que está relacionado con la casa, son obviamente intereses cultivados.” (Calkins, 1896: 430).

Pero volvamos a las contribuciones de Calkins según los parámetros dominantes en psicología, y según ella misma las resumió en su auto-biografía:

“Debo tratar más respetuosamente cuatro intereses principales de mi primera década de trabajo en psicología –intereses que todavía persisten. Estos son: el estudio de la asociación; la concepción del elemento psíquico; la doctrina de los elementos relacionales de la experiencia; finalmente, y más importante, la concepción de la psicología como ciencia del self que contrasté con la psicología de la idea o atomística, el estudio sin referencia a ningún self, de experiencias sucesivas.” (Calkins, 1930: 36).

Mary Whiton Calkins presentó por primera vez su propuesta de psicología del *self* en 1900, y a partir de ahí, y durante más de treinta años, la desarrolló y enriqueció a modo de sistema o “paradigma” en función de las críticas y comentarios que fue recibiendo y en diálogo con las principales corrientes en uso de la psicología (Heidbreder, 1972). En este segundo período publicó prolíficamente, cuatro libros y más de 50 artículos, obteniendo reconocimiento internacional tanto en psicología como en filosofía. Pero antes de adentrarnos en su propuesta a contracorriente de psicología del *self*, en un período de auge “atomista” y posteriormente conductista, vamos a contextualizar su obra en los términos que señalaba Lerner: reconstruir sus experiencias profesionales marcadas por la división de género -un relato, que por otro lado, sigue un patrón muy parecido en la vida de otras pioneras psicólogas académicas.

Mary Whiton Calkins (1863-1930): Experiencias y situaciones de una pionera psicóloga

Comencemos por el principio, Calkins nació en 1863 y vivió la mayor parte de su vida en Massachussets. La mayor de cinco hermanos, perteneció a una familia muy unida, evangélica, de clase media-alta y blanca; y como muchas otras mujeres de la época estuvo atada a lo que Jane Addams denominó “el imperativo familiar”, las demandas del cuidado familiar, especialmente de su madre enferma. Viajó con su familia varias veces a Europa y gracias a las ideas de su padre sobre la educación, no sólo hizo estudios superiores (algo excepcional en aquella época y mucho más para una mujer), sino que aprendió varios idiomas y leía y hablaba de forma fluida tanto francés como alemán. Estudió clásicas y filosofía en un *college* de mujeres, el *Smith College* (en Massachussets): se trataba de centros prácticamente en período de experimentación (éste abrió sus puertas en 1871), pero que significaron importantes resquicios a los que se agarraron las mujeres que deseaban estudios superiores y veían cómo las universidades principales les cerraban sus puertas por políticas segregacionistas. Hay que recordar que en aquella época las mujeres que se atrevieron a cursar estudios superiores tuvieron que hacer frente a todo tipo de diatribas –muchas de ellas provenientes de los propios psicólogos- sobre si podían o debían estudiar, sobre su inferioridad o mediocridad

mental o sobre los riesgos de salud, especialmente reproductiva, que entrañaba el estudio ante la incompatibilidad útero-cerebro, que posteriormente se convertiría en el dilema matrimonio-carrera. Pero las resistencias no sólo provenían de este tipo de discursos, las propias instituciones los implementaban al prohibir la presencia de mujeres en las aulas universitarias o aceptándolas informalmente en calidad de “estudiantes especiales”, para que sus nombres en los registros no sentaran un peligroso precedente ni mancharan su prestigio.

Como muchas de las pioneras, no sólo la formación, también la carrera profesional de Calkins estuvo asociada a un *college* de mujeres: Wellesley (creado en 1875 en Massachussets). Debido a las políticas discriminatorias de las principales universidades que se negaban a contratar a mujeres, las oportunidades de profesionalización para las pioneras psicólogas prácticamente se reducían a dos: o trabajar en los ámbitos aplicados de la reforma social o permanecer en la academia pero en *colleges* de mujeres –esto último, a condición en la mayoría de los casos de no estar casadas. Al crearse en 1890 un nuevo puesto de psicología experimental en el Wellesley College, Calkins, que comenzó como profesora de griego, lo aceptó, pero con el compromiso de formarse durante un año en psicología. Las universidades de Harvard y Clark eran las únicas que poseían las condiciones que ella necesitaba para su formación: tenían laboratorios experimentales y estudios posgraduados en psicología y, además, estaban lo suficientemente cerca de su casa como para no tener que abandonar a su familia. Sólo poseían un pequeño inconveniente: no aceptaban a mujeres en sus aulas. Comienza aquí el largo periplo de Calkins a través de las tozudamente discriminatorias políticas de la Universidad de Harvard.

Calkins intentó acceder a Harvard y a sus estudios en psicología a través del llamado “Anexo de Harvard”. Se trataba de un sistema de enseñanza informal sin asociación oficial con la universidad, creado en 1879 ante las repetidas solicitudes de estudios por parte de mujeres, y gracias al cual parte del profesorado de Harvard repetía sus cursos y clases, pero de forma privada a mujeres. Con ello se evitaba la indeseada coeducación, y al tiempo los profesores complementaban su salario. El filósofo Josiah Royce no sólo aceptó que Calkins asistiera a su curso en el Anexo, sino que la invitó a participar formalmente en los seminarios de doctorado de filosofía y psicología que él y William James impartían en Harvard. Pero a pesar de la propuesta de Royce, Calkins se encontró con el firme rechazo de las autoridades de Harvard contrarias a la coeducación, implacables incluso ante las insistencias de Royce y James⁴. Después de varias negativas, y tras interceder el Wellesley College como institución y el propio padre de Calkins (un ministro evangélico de renombre), finalmente el presidente Charles W. Eliot aceptó de forma excepcional que entrara “de forma no oficial” en Harvard en calidad de “estudiante especial”. En octubre de 1890 se aprobó la autorización para que Calkins pudiera asistir gratuitamente durante ese año académico a un seminario sobre psicología fisiológica impartido por William James y a un seminario sobre Hegel con Royce, una formación que complementó con la enseñanza privada en psicología de laboratorio del profesor de la Universidad de Clark, Edmund Sanford:

“Empecé el estudio serio en psicología con William James. Desgraciadamente para ellos y afortunadamente para mí los otros miembros de su seminario en psicología abandonaron el curso en las primeras semanas de finales de 1890; y James y yo

⁴ En Furumoto (1979) y Scarborough y Furumoto (1987) se encuentran varias de las cartas que intercambiaron en su momento James, Royce y Calkins respecto a la segregación sexual en Harvard.

fuimos dejados (...) a ambos lados de una luz de biblioteca. Los Principios de Psicología estaban aún calientes de la imprenta; y mi estudio absorbo de esos brillantes, eruditos y provocativos volúmenes, interpretados por su escritor, fue mi introducción a la psicología.” (Calkins, 1930: 31).

Después de este año de formación, a finales de 1891 estableció en Wellesley, con ayuda de Sanford, uno de los primeros laboratorios psicológicos experimentales, el primero en un *college* de mujeres, e introdujo allí la nueva psicología científica (en concreto, un curso sobre psicología fisiológica). Pero Calkins necesitaba más formación en psicología y de nuevo tuvo que sopesar sus diferentes opciones teniendo en cuenta las restricciones por ser mujer. William James le dio la noticia de que Hugo Münsterberg iba a ser contratado por la Universidad de Harvard, y Calkins conocía que había aceptado de forma abierta a estudiantes mujeres en su laboratorio experimental de Friburgo. De nuevo, tuvo que pasar por el humillante trámite de solicitar a las autoridades de Harvard que permitieran su presencia. En enero de 1893, se aprobó que Calkins pudiera asistir a las clases de Münsterberg, pero de nuevo como oyente invitada y no como una estudiante registrada oficialmente en la universidad (y, por supuesto, adecuadamente segregada de los estudiantes varones). Durante tres años estuvo trabajando en la psicología tradicional de laboratorio bajo la dirección de Münsterberg (quien se convertiría en gran amigo suyo), compaginándolo con su enseñanza en Wellesley. En octubre de 1894, el psicólogo alemán envió una carta a las autoridades de Harvard preguntando si existía alguna posibilidad de que fuera admitida como candidata oficial para un PhD. Münsterberg no escatimó elogios sobre Calkins en dicha carta:

“Respecto a su habilidad, puedo decir que es la mejor estudiante de todos los que han trabajado en el laboratorio en estos tres años. Sus publicaciones y su trabajo aquí no me dejan ninguna duda de que es superior también a todos los candidatos a un PhD de Filosofía en los últimos años. Más que eso: es seguramente una de las mejores profesoras de Psicología en este país... La asociación de un PhD de Harvard con el nombre de Calkins significaría no sólo un honor merecido para ella, sobre todo un honor para el departamento de Filosofía de la Universidad.” (Furumoto, 1979: 352).

Se rechazó su propuesta. Pero en la primavera de 1895, Calkins presentó su tesis en el departamento de Filosofía: *An Experimental Research on the Association of Ideas*. La tesis fue aprobada por el departamento, y tras un examen no oficial ni autorizado, pero equivalente en su naturaleza y método a los exámenes oficiales para el reconocimiento del título de doctor, los miembros del tribunal (Royce, Palmer, James, Santayana, Münsterberg y Hanus) enviaron un comunicado al Presidente de Harvard donde señalaban por unanimidad que Calkins había satisfecho todos los requisitos para el título⁵. A pesar de ello, las autoridades no se lo reconocieron de forma oficial. James más tarde reconocería que fue el examen más brillante para un PhD que jamás habían tenido en Harvard. Cuando en 1894, el Radcliffe College sustituyó al antiguo “Anexo” femenino, ofreciendo a las estudiantes mujeres una educación en Harvard, por profesores de Harvard, pero en el Radcliffe College y reconocida con títulos de Radcliffe, a Calkins también se le ofreció el

⁵ La carta íntegra del departamento de Filosofía de la Universidad de Harvard comunicando a su Presidente los resultados del examen doctoral de Calkins, se encuentra en Charlene Haddock Seigfried (1993: 232) y en García-Dauder (2005: 52-53).

reconocimiento oficial de su doctorado, pero por Radcliffe. Lo rechazó. Aceptarlo hubiera supuesto reforzar la terca negación de dicha institución a reconocer oficialmente los logros de mujeres que, como ella, habían realizado estudios de doctorado en sus departamentos desde 1890 (Scarborough y Furumoto 1987).

Calkins continuó enseñando en Wellesley hasta que se jubiló en 1929. La primera mitad de su carrera, hasta 1900, se concentró en la psicología experimental hasta que abandonó su dirección en el laboratorio de Wellesley (su sucesora fue Eleanor Acheson McCulloch Gamble). La historiadora Patricia Palmieri (1983), en su retrato colectivo de las mujeres del Wellesley College, describió el clima comunitario de estos colleges de mujeres, que contrastaba con el entorno competitivo e individualista de las universidades coeducativas o sólo de varones. Una atmósfera de apoyo intelectual, profesional y emocional que poco tenía que ver con las frustrantes batallas de las mujeres en las instituciones coeducativas y con la figura del científico-especialista-aislado-varón. Laurel Furumoto ha atribuido a la influencia de este ambiente comunal y relacional del Wellesley College, el distanciamiento y la progresiva insatisfacción de Calkins respecto a la psicología experimental tradicional y su elaboración teórica a modo de paradigma de una psicología del self más social y relacionada con la experiencia cotidiana:

“Es importante señalar aquí que estos psicólogos experimentales clásicos eran mayoritariamente psicólogos varones en entornos burocráticos universitarios, cuyas experiencias como especialistas aislados eran radicalmente diferentes a las de Calkins. No debería sorprendernos por tanto que la alternativa a la visión experimental clásica adoptada por Calkins se preocupara de algo de la mayor importancia para ella y para las otras mujeres con las que compartió su mundo Wellesley, a saber la realidad y la importancia de loes en la experiencia cotidiana.”
(Furumoto, 1991: 70).

A este respecto, Palmieri (1983) nos cuenta que Calkins rechazó una oferta de la prestigiosa Universidad de Columbia y decidió permanecer en Wellesley porque temía verse atrapada enseñando psicología básica de laboratorio en un mundo totalmente masculino. No obstante, es importante señalar que trabajar en un college de mujeres llevaba asociado también bajos salarios, escaso reconocimiento, altas cargas docentes, menor calidad del material de laboratorio y la falta de intercambio profesional con las figuras líderes de la psicología. Un intercambio que, por otro lado, se vio obstaculizado mucho más cuando Titchener creó en 1904 la Sociedad de Psicólogos Experimentales (los “Experimentalistas”) prohibiendo la entrada a mujeres psicólogas bajo el “sólido” pretexto de que no soportarían el humo de cigarrillos en las reuniones, reforzando todavía más el carácter masculino de la psicología experimental. El caso es que, a partir de 1900, Calkins abandonó la psicología experimental, y la filosofía y la psicología social se convirtieron en sus intereses dominantes. A lo largo de una serie de artículos y libros –*An Introduction to Psychology* y *A First Book in Psychology*– elaboró y desarrolló a modo de sistema una psicología del self que defendió durante tres décadas dialogando con las principales corrientes en psicología.

En 1927, un grupo de trece graduados por Harvard, la mayoría ya prestigiosos profesores de psicología en otras universidades (entre ellos, Woodworth, Yerkes o Thorndike), enviaron una carta al entonces presidente de Harvard, Abbot Lowell, enfatizando la reputación internacional de Calkins y sus importantes contribuciones tanto en psicología como en filosofía, y recomendando consecuentemente que la universidad le reconociera su título de doctora. La respuesta de las autoridades fue que “no existía razón suficiente” para reconocer a Calkins su doctorado. Murió sin

que se le reconociera su título de doctora, un reconocimiento que en Harvard no llegaría para las mujeres hasta 1963.

El self consciente como hecho basal de la psicología científica

Como ya hemos señalado, Calkins presentó su “paradigma” (Heidbreder, 1972) o sistema de psicología del *self* en 1900 –tras un período de investigaciones experimentales y tras abandonar la dirección del laboratorio del Wellesley College– y lo desarrolló durante treinta años contrastándolo con los sistemas dominantes en psicología. Como reconoció en su autobiografía (Calkins, 1930), en sus primeros artículos experimentales anteriores a 1900 ya había mostrado preocupación por el *self*, pero lo relegó, como muchos de sus contemporáneos, al ámbito de la metafísica. Sin embargo, a partir de su artículo publicado en 1900 en la *Philosophical Review*, bajo el título “Psychology as science of selves”, Calkins renunció al tratamiento en su opinión erróneo del *self* como presuposición metafísica, defendiendo que los *selves* fueran tratados como hechos para la ciencia⁶. La obra de William James fue un pilar importante en su doctrina y, como ella misma reconocería, su énfasis sobre la naturaleza social del *self* debía mucho a la influencia de James Baldwin y Royce (Calkins, 1930: 38).

Probablemente todavía arrastrando la huella de sus primeros trabajos experimentales, e influida por Hugo Münsterberg, en sus primeros escritos sobre el *self* Calkins defendía un punto de vista doble en psicología: la teoría de que cada experiencia debe ser tratada desde la “psicología atomística” que estudia los eventos psíquicos denominados contenidos de conciencia; y desde la “psicología del *self*” que estudia los contenidos de conciencia como experiencias de un *self* y procede a estudiar los *selves* en sus relaciones. Como señaló en su autobiografía, su libro *An Introduction to Psychology* (1901) era un tratado sistemático de la experiencia desde este doble punto de vista de la psicología atomística y la psicología del *self* (Calkins, 1930: 39). En 1905 publicó en alemán *Doppelte Standpunkt in der Psychologie* donde resumió su doble punto de vista, esta vez entre lo que denominó una “psicología de los procesos” y una “psicología del *self*”:

“Psicológicamente podemos considerar la conciencia desde dos puntos de vista: podemos considerar la conciencia o bien como una serie de procesos psíquicos vinculados, sin referencia alguna al yo consciente, o como una conciencia compleja del yo real con sus relaciones. De acuerdo con estos dos puntos de vista tenemos una psicología doble: psicología de los procesos y psicología del yo.” (Calkins, 1905: 32, citada en Curtis, 1915: 69).

La elaboración a lo largo del tiempo de la psicología del *self* de Calkins fue muy receptiva a las críticas y comentarios que iba recibiendo. Por ejemplo, de sus primeros escritos sobre el *self*, se le acusó de que tratando la psicología atomística como la única alternativa a la psicología del *self* estaba olvidándose de las aportaciones de la psicología funcionalista. El segundo texto que traducimos aquí, “A reconciliation between structural and functional psychology”, leído en diciembre de

⁶ “Psychology as science of selves”, *Philosophical Review* 9, 1900, 490-501. A este respecto, véase también su artículo “The case of self against soul”, *Psychological Review* 24, 1917, 78-300.

1905 en la reunión de la *American Psychological Association* como discurso de presidenta, constituye precisamente una respuesta a dicha crítica:

“Interpreté la ‘función’ fundamentalmente como una reacción del self consciente sobre su medio y argumenté que la “conciencia que siempre implica un yo consciente es un complejo tanto de elementos estructurales como de relaciones del self con su entorno.” (Calkins, 1930: 40).

A partir de estas críticas, elaboró el segundo de sus tratados sistemáticos sobre el *self*: *A First Book in Psychology* (1910), donde abandonó la concepción doble de la psicología como ciencia -tanto de la sucesión de contenidos o procesos mentales, como del *self* consciente-, a favor de una única psicología del *self*. Desde este único punto de vista, los estados o procesos mentales pertenecen a un yo, a un *self* y, por lo tanto, no tienen una existencia independiente del mismo. Calkins situó al *self*, en tanto fenómeno presente en la experiencia consciente inmediata y cotidiana, “dado por hecho por el hombre común”, como el hecho basal de la psicología. De ahí que justificara la eliminación de la clásica psicología atomística (la “psicología de la idea” o el análisis de eventos psíquicos aislados) por su irrelevancia e inadecuación respecto al estudio de la experiencia cotidiana debido a su carácter abstracto, incompleto y artificial. También encontraba inadecuada la psicología funcionalista que se centraba exclusivamente en el estudio de las actividades mentales, ya que la concepción de la actividad mental requería, según ella, un actor mental, de la misma forma que la concepción de una idea incluye la de su poseedor.

Frente a la crítica de Titchener de que el *self* no constituía un objeto de observación científica, asentada en la distinción entre un tipo de objetos para el hombre común y otro para el científico, Calkins argumentó -en el primer artículo que aquí traducimos “The Self in Scientific Psychology” (1915)- que la ciencia difería de la experiencia cotidiana no en sus objetos, sino en el método, analítico, clasificatorio y explicativo. A lo largo de sus escritos, Calkins insistió en que la experiencia “del hombre común” o la experiencia cotidiana (Edna Heidbreder lo equipara con el conocimiento del sentido común), debía ser el dominio empírico básico que debían investigar los psicólogos⁷. Según lo señaló en su autobiografía: “No sólo admito sino que insisto en que el *self* es un objeto de conciencia cotidiana. Sin embargo, niego de forma rotunda que esto prevenga al *self* de ser también un objeto de estudio psicológico”. (Calkins, 1930: 54). Por otro lado, en ese mismo artículo de 1915, explicó las diferentes razones por las que los expertos fracasaban en descubrir un *self* en sus introspecciones (el carácter constante del *self* que hace que el psicólogo no lo atienda, las instrucciones dadas a los introspeccionistas o el hecho de que la introspección se centre fundamentalmente en los elementos sensoriales, afectivos o imaginativos), reafirmando en su autobiografía y añadiendo:

“No puedo, así, replicar directamente la afirmación del psicólogo que señala que nunca encuentra un self. Puedo, sin embargo, acusarle de inconsistencia ingenua en su afirmación enfática, ‘yo no encuentro un self’. Porque ¿quién, me pregunto, es este yo que niega que observa un yo? En una palabra, acuso a mi crítico de asumir, en casi cada párrafo, la existencia del propio self que rechaza. En respuesta, el

⁷ Heidbreder (1972) señala que esta insistencia en la experiencia cotidiana o el conocimiento del sentido común en Calkins estaba influida por su pensamiento filosófico: su idealismo decimonónico, una de cuyas características era identificar y reconocer “lo dado” de la experiencia desnudo, no elaborado o no interpretado.

objeto (...), insistirá que su uso del pronombre “yo” es un mero hábito de lenguaje. Mediante las frases, ‘yo recuerdo’, ‘yo acepto’, ‘yo empático’, así dichas, simplemente se refiere a que ‘una memoria’, ‘una aceptación’, ‘una empatía’, ocurren. En una palabra, está solamente adoptando la convención personalista del lenguaje. (...)

Porque la verdad es que los críticos de la psicología del self no se limitan al uso casual de expresiones tales como ‘yo percibo’, ‘yo atiendo’, ‘yo siento’. Más aún, emplean las distinciones técnicas del psicólogo del self al analizar y clasificar los fenómenos psicológicos. Para decirlo más claramente: los oponentes inequívocos de la psicología del self habitualmente definen o describen los fenómenos psicológicos no solamente en términos de sensaciones, complejos, patrones, y demás, sino en términos también del self consciente.” (Calkins, 1930: 58-59).

A lo largo de los años en los que enriqueció su sistema de psicología del self, Calkins se dedicó a clarificar algunos aspectos, a modificar ocasionalmente otros, a defenderlo frente a determinadas acusaciones, y sobre todo a extender su alcance y explotar sus posibilidades en función de cada una de las corrientes que iban surgiendo en psicología (Heidbreder, 1972). A lo largo de una secuencia de artículos en los que examinó uno por uno estos sistemas, presentó su propio sistema como capaz de abarcar lo que consideraba aceptable e importante en el otro. Como señaló Josephine Nash Curtis (1915), la presentación de la psicología del self de Calkins a lo largo de sus escritos, pasó de ser una forma posible de psicología, a una forma que armonizaba las otras dos doctrinas fundamentales en psicología (el estructuralismo y el funcionalismo), a la forma más consistente y comprehensiva, y por tanto superior, de psicología:

“He intentado mostrar que el self es un objeto, reconocido o no, de observación científica e incluso de introspección experimental⁸; he argumentado también que las contribuciones positivas de las así llamadas ‘nuevas psicologías’ –el conductismo⁹, la psicología ‘hórmica’¹⁰, la psicología de la gestalt¹¹, e incluso las doctrinas

⁸ Véase el artículo que hemos traducido aquí “The self in scientific psychology”, *American Journal of Psychology* 26, 1915, 495-524 o “Fact and inference in Wheeler's doctrine of will and self-activity”, *Psychological Review* 28, 1921, 356-373.

⁹ Según Calkins, su psicología del self compartía con el conductismo, así como con el funcionalismo, su concepción de relación con el entorno. Véase “The truly psychological behaviorism”, *Psychological Review* 28, 1921, 1-18.

¹⁰ Véase su artículo “McDougall's treatment of experience”, *British Journal of Psychology* 13, 1923, 337-343.

¹¹ Véase su artículo “Critical comments on the *Gestalt-Theorie*”, *Psychological Review* 33, 1926, 135-158. Según Calkins, su psicología del self coincidía con la corriente *gestáltica* en su rechazo al atomismo y su concepción de experiencias y objetos físicos como todos más allá y diferentes a la suma mecánica de sus partes. Para Calkins el self o persona era el ejemplo supremo de *gestalt*, un todo integrado, complejo, inclusivo de partes y caracteres subordinados a su propia unidad distintiva.

fundamentales del psicoanálisis¹² - todas encontraban su lugar dentro del sistema comprehensivo de una psicología del self.” (Calkins, 1930: 41).

Sus análisis sobre la psicología estructuralista y funcionalista están recogidos en el segundo texto que aquí traducimos. Respecto a la escuela conductista, por ejemplo, rechazaba su “parte negativa”, su negación del *self* y de la conciencia, pero se adhería a su “parte positiva”: le parecía importante el estudio de los reflejos condicionados y la respuesta corporal, en el sentido de cómo correlacionan con la experiencia consciente. Resulta interesante cómo contestó a las acusaciones de los conductistas respecto a la “subjetividad” de la introspección:

“Ahora ningún introspeccionista negará la dificultad o la falibilidad de la introspección. Pero de forma firme abogará frente al conductista, primero, que este argumento es un boomerang que se volverá frente a las ‘firmemente establecidas ciencias naturales’ así como frente a la psicología. Porque las propias ciencias físicas están basadas al final sobre las introspecciones de los científicos –en otras palabras, las ciencias físicas, lejos de estar libres de “subjetividad” deben describir sus fenómenos en los a veces diversos términos de lo que diferentes observadores ven, oyen, y tocan. En segundo lugar, (...) el psicólogo introspeccionista no sólo trata con sus propias experiencias directamente introspeccionadas sino con las experiencias inferidas supuestamente introspeccionadas por otra gente.” (Calkins: 1930: 43).

Calkins describió su psicología del *self* como un tipo de psicología introspeccionista, dentro de la cual diferenció dos tipos de sistemas psicológicos: (1) la psicología impersonal que, centrándose en los contenidos de la conciencia, ideas, estados o procesos mentales, ignora o niega el *self*; y (2) la psicología personal que se basa en el estudio del *self* o persona. Su psicología encajaba dentro de este último subgrupo que, a su vez, dividió en dos concepciones: la biológica, que estudia la mente en el cuerpo, el organismo consciente, y concibe la conciencia como una respuesta entre otras; y la psicológica que, aunque no obvia los correlatos neurológicos o musculares de la experiencia, enseña que “el *self* tiene un cuerpo pero no está constituido por el cuerpo”¹³. Enfatizó, no obstante, la relación estrecha entre estas dos formas de “personalismo” que compartían los diferentes caracteres del *self* y, sobre todo, su carácter relacional. Parece ser, por otro lado, una distinción que creó más con fines pragmáticos que ontológicos, de cara a distinguir a nivel disciplinar el ámbito de la psicología del de la biología.

La psicología del *self* de Calkins tenía tres componentes fundamentales: el *self*, el objeto (“personal o impersonal, físico o lógico, privado o público”) y la relación del *self* o “actitud” hacia su objeto. Según Calkins, el *self*, aunque indefinible, se podía describir en función de sus caracteres, y a lo largo de sus diferentes escritos, y en función de las críticas que iba recibiendo, fue matizando y modificando la enumeración y descripción de los mismos. En el primer texto que aquí traducimos, de 1915, identificó

¹² Véase su artículo con Eleanor Gamble “The self-psychology of the psychoanalysts”, *Psychological Review* 37, 1930, 277-304. La importancia del yo, o ego, es común a ambos enfoques y Calkins entendía el inconsciente como un *self* disociado.

¹³ Véase a este respecto su artículo “Is the self body or has it a body?”, *Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Methods* 5, 1908, 12-20.

cuatro caracteres: persistencia, carácter único, complejidad y carácter relacional¹⁴. En su autobiografía de 1930 describió el *self* del siguiente modo:

“El self es, primero de todo, (a) una totalidad, una de muchos caracteres y de muchos signos temporales; es, segundo, (b) un ser único en el sentido de que yo soy yo y tú eres tú –de que nadie, aunque semejante, puede tomar el lugar de ti o de mí; es, tercero, (c) un ser idéntico (yo, el self adulto, y mi self de diez años somos en un sentido real el mismo self); y sin embargo es también (d) un ser cambiante (yo, el self adulto difiero del de diez años). Finalmente, (e) el self es un ser relacionado de forma distintiva consigo mismo y con sus experiencias y con los objetos del entorno, personales e impersonales. Esta relación con todos estos objetos es llamada su conciencia de ellos.” (Calkins, 1930: 45).

Una de las principales críticas que recibió, y que le llevó a revisar algunos elementos de su doctrina, provino del excelente artículo de Curtis (de la Universidad de Cornell) “On psychology as science of selves” publicado en la *American Journal of Psychology* en 1915 (que a su vez sería contestado ese mismo año por otra de las pioneras -y compañera de Calkins en Wellesley-, Eleanor Gamble, con un artículo, “A Defence of Psychology as Science of Selves”, publicado en la *Psychological Bulletin*). Curtis criticó la falta de claridad del concepto de *self* en los escritos de Calkins, que no pudiera ser definido, que sus caracteres no difirieran de los de la función mental y el hecho de que aunque estaba basado en el *self* del hombre común le privaba de su cuerpo. Comparó además las diferencias entre el *self* de Calkins y el *self* en la obra de William James, aduciendo, entre otras cosas: que la afirmación de que “siempre soy más o menos consciente de mí mismo [*myself*]” debía ser cambiada por la matización de James de que “el humano adulto normal bajo condiciones normales siempre es más o menos consciente de sí mismo” (Curtis, 1915: 77); o que Calkins no dejaba clara la relación entre el *self* como conocedor y el *self* como conocido (Curtis, 1915: 85). Curtis también analizó uno por uno los diferentes caracteres del *self* descritos por Calkins, llegando a la conclusión de que todos se subsumían a su carácter relacional. “¿Qué son la persistencia, el carácter único, y la complejidad del *self* sino formas en las cuales el *self* puede ser relacionado?” (Curtis, 1915: 83). Señaló que la persistencia era un carácter del *self* tanto como la no persistencia, algo que por otro lado hizo que Calkins modificara sus caracteres señalando que el *self* era tanto un ser idéntico como cambiante. Respecto a la relación entre la persistencia y la singularidad del *self*, se preguntaba:

“Pero, por qué, nos debemos preguntar, un self con una idea diferente es todavía el mismo self. La propia Miss Calkins, como veremos, insiste en que un carácter esencial del self, que nunca debe ser descuidado, es el de tener, entre otras cosas, ideas. ¿Ocurre entonces que el tener es el mismo cualquiera sea la idea que se tenga? (...) Ciertamente, si (como Miss Calkins mantiene en otro lugar) ‘no puede haber objeción en considerar las ideas como parte del self’, entonces un cambio de una parte implica un cambio en el todo, y el self con otra idea no es, y no puede ser mirado como, el mismo self.” (Curtis, 1915: 80).

Además añadía el ejemplo de que cuando estamos leyendo absortos un libro, más que ser conscientes de nuestro yo cotidiano, lo que ocurre en ese momento es que somos el protagonista, y

¹⁴ Los mismos caracteres descritos en otro de sus artículos: “The nature of the self”, *Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Methods* 5, 1908, 64-68.

continuaba: “Pero, si puedo ser Hamlet ¿por qué no puedo ser en otro momento “padre, hermano o amigo”? O, en general: ¿es este *self* uno-que-no-puede-ser-reemplazado-por-otro, si somos en varios momentos varios *selves*?” (Curtis, 1915: 81-82). Por otro lado, señaló que el concepto de *self* de Calkins era un concepto lógico y que sus caracteres los había obtenido mediante razonamiento lógico también. Calkins no sólo describía científicamente el *self*, sino que más bien “introducía significado en su concepto, estaba interpretando el *self*” (Curtis, 1915: 88). De la misma forma, cuando Calkins identificaba el método de su psicología con la introspección, según Curtis, utilizaba el término como un sinónimo de reflexión (no de observación como lo utilizaba la psicología estructuralista).

Para terminar, simplemente contextualizar esa insistencia de Calkins en identificar y separar los dominios de las diferentes disciplinas científicas, reflejado en el segundo texto que aquí traducimos cuando distingue entre el *self* del psicólogo, el del biólogo, el del filósofo o el del sociólogo. Es un texto de 1906 y, como señala Heidbreder (1972: 64), “se trataba de una actitud casi *de rigueur* entre los psicólogos del momento, cuando la psicología sólo recientemente había conseguido reconocimiento como una disciplina científica independiente, y no ya como una parte de la filosofía”. Esta rigidez disciplinaria se fue flexibilizando con el tiempo en sus escritos, como muestran las últimas frases de su autobiografía:

“Sociología y ciencia política, higiene mental y psicoterapia, son fundamentalmente disciplinas psicológicas; y la psicología que se ubica en la raíz de todas ellas es indudablemente la psicología social. Pero la psicología social es obviamente psicología del self, ya que presupone la existencia de selves en relación unos con otros y de hecho consiste precisamente en el estudio de esos selves como diversamente relacionados. Para sostener esta observación sólo es necesario echar un vistazo a los intrépidos pero totalmente fracasados esfuerzos de los conductistas para tratar con los fenómenos sociales. Los introspeccionistas impersonalistas, al concebir su ciencia como el estudio de sucesivos eventos psíquicos, ignoran en gran parte los problemas concretos de la psicología social. (...) Vuelvo en este sentido a mi afirmación inicial de que la psicología social es inevitablemente psicología personalista. Y esto me conduce a la convicción de que una búsqueda científica de psicología personalista requiere hoy imperativamente de los conocimientos básicos y rudimentos de las todavía poco sistematizadas y eclécticas disciplinas agrupadas en general como las ciencias sociales.” (Calkins, 1930: 61 y 62).

Nos quedamos, por último, con la reflexión sobre cómo podríamos explicar la casi quijotesca adherencia de Calkins a una psicología del *self* claramente impopular, sobre todo durante la hegemonía conductista. Y con otra reflexión típica sobre los trabajos de las pioneras psicólogas, ¿por qué un sistema de psicología del *self*, elaborado durante más de treinta años por una de las presidentas de la Sociedad Americana de Psicología, situada en el número doce de los mejores psicólogos en el directorio *American Men of Science* de James Mc. Cattell (1903)¹⁵, no está reconocido como referencia fundamental, o simplemente como referencia, en los manuales de psicología?

¹⁵ Citado en Furumoto (1979).

Referencias bibliográficas

- Calkins, Mary Whiton. (1896). Community of ideas of men and women. *Psychological Review*. 3 (4), 426-430.
- Calkins, Mary Whiton. (1930): Autobiography of Mary Whiton Calkins. En Carl Murchison (ed.), *A History of Psychology in Autobiography*. Vol.1 (pp. 31-62). Massachusetts: Clark University Press. Disponible en <http://psychclassics.yorku.ca/Calkins/murchison.htm>
- Curtis, Josephine Nash. (1915). On psychology as science of selves. *American Journal of Psychology*. 26, 68-98.
- Furumoto, Laurel. (1979). Mary Whiton Calkins (1863-1930). Fourteenth President of the American Psychological Association. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 15, 346-356.
- Furumoto, Laurel. (1991). From "Paired Associates" to a Psychology of Self: The intellectual odyssey of Mary Whiton Calkins. En Gregory A. Kimble, Michael Wertheimer y Charlotte White (eds.), *Portraits of Pioneers in Psychology* (pp. 56-72). Washington: APA.
- García Dauder, Silvia. (2005). *Psicología y Feminismo. Historia olvidada de mujeres pioneras en Psicología*. Madrid: Narcea.
- Heidbreder, Edna. (1972). Mary Whiton Calkins: A Discussion. *Journal of the History of the Behavioral Sciences*, 8, 1, 56-68.
- Lerner, Gerda. (1992). Placing Women in History: Definitions and Challenges. En Janis S. Bohan (ed.) *Re-placing Women in Psychology. Readings Toward a More Inclusive History* (pp. 31-43). Iowa: Kendall/Hunt Publishing Company.
- Palmieri, Patricia A. (1983). Here was Fellowship: A Social Portrait of Academic Women at Wellesley College, 1895-1920. *History of Education Quarterly*, 23, 195-214.
- Scarborough, Elizabeth y Furumoto, Laurel. (1987). *Untold Lives: The First Generation of American Women Psychologists*. Nueva York: Columbia University Press.
- Seigfried, Charlene Haddock. (1993). 1895 Letter form Harvard Philosophy Department. *Hypatia*, 8 (2), 230-233.



Este texto está protegido por una licencia [Creative Commons](#).

Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

Reconocimiento: Debe reconocer y citar al autor original.

No comercial. No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

Sin obras derivadas. No se puede alterar, transformar, o generar una obra derivada a partir de esta obra.

[Resumen de licencia](#)

[Texto completo de la licencia](#)

El self en la Psicología científica

Mary Whiton Calkins

Mary Whiton Calkins. (1915). The Self in Scientific Psychology. *American Journal of Psychology*, 26, 495-524.

Traducción y selección de extractos: Silvia García Dauder

El self* en la psicología científica

Con frecuencia el *self* ha sido expulsado de la psicología bajo el argumento de que la introspección científica ha fracasado a la hora de descubrirlo. El objetivo de este artículo es examinar y estimar esta acusación. El problema es doble. Primero, está el hecho tal como se ha afirmado: ¿realmente los psicólogos científicos no han encontrado ningún rastro de un *self*? Segundo, si este hecho fuera admitido, el fracaso en mostrar un *self* ¿es debido a la inadecuación de los métodos o a la no-existencia del *self*? (¿Es que no existe ningún zorro o es que ha evitado las trampas que hemos colocado para él?). La discusión sobre estas cuestiones principales seguirá a una sección introductoria que aborda la naturaleza del método científico y el significado otorgado al término “*self*” por aquellos que lo reclaman para la psicología. Estos tópicos preliminares serán discutidos en orden inverso.

La naturaleza del self para el psicólogo

El *self* es indefinible. Definir es asignar el objeto definido a una clase dada y distinguirlo de otros miembros de la clase; y el *self* es *sui generis* y por consiguiente imposible de definición. Citando a Oesterreich, “es una clase de cosa que sólo se puede indicar (*auf das man nur hinweisen kann*) pero que tan difícilmente se puede demostrar al ciego-al-yo, como se puede demostrar el color al ciego-al-color”¹. Pero el símil de Oesterreich no nos debe confundir. El *self*, aunque indefinible, no es por ello elemental y por tanto indescriptible. Sus caracteres, como señala Miss Gamble, son “propiedades” no “*differentiae*”². Los caracteres del *self* experimentado sobre los cuales el psicólogo del *self* asienta su énfasis son, primero, su persistencia o auto-identidad; segundo, su individualidad o carácter único; tercero, el hecho de que es fundamental o básico para sus experiencias, y finalmente el hecho de que

* *Nota de traducción*: el término en inglés *self/selves* no ha sido traducido en este texto, puesto que las habituales traducciones de “yo/yoes”, “sí mismo” o “persona” nos parecen inexactas en el contexto de los artículos y su autora.

¹ Oesterreich, *Die Phänomenologie des Ich*, 1910, p. 197.

² E. A. McC. Gamble, “A Defence of Psychology as Science of Selves”, *Psychological Bulletin*, 1915, XII., p. 197.

está relacionado con su entorno, social y físico. Estos caracteres han sido discutidos en otro momento por la escritora y aquí serán brevemente expuestos³.

- 1) Desde Stuart Mill, en su conocida Nota sobre el "Análisis de los fenómenos de la mente humana" [*Analysis of the Phenomena of the Human Mind*] de James Mill⁴, hasta Knight Dunlap, con su "noción del ego como una presuposición esencial de la psicología"⁵, cualquiera que admita el self lo atribuye con relativa persistencia, o identidad. "Suponga", dice Dunlap, "tres ítems de contenido, a, b, y c. Suponga que yo soy consciente de a, luego de b, luego de c... Al final permanece un último hecho... el hecho de que yo perciba los tres... Lo importante es que los tres ítems son percibidos por el mismo yo. Las percepciones no son las mismas; pueden ser separadas por considerables intervalos. ¿Qué es la identidad? Simplemente la identidad del Yo"⁶.
- 2) La individualidad, o el carácter único de cada *self*, es el carácter que lo distingue de cualquier otro: todos los psicólogos del *self*, y con frecuencia incluso aquellos que lo niegan, están de acuerdo en que "los hechos psíquicos pertenecen a los individuos", que "un sentimiento es o bien mío o bien de algún otro"⁷.
- 3) Tanto la persistencia como la individualidad del *self* implican el hecho de que es fundamental a las experiencias específicas, concretas –al percibir, al imaginar, al emocionarse. En palabras de Oesterreich, "cualesquiera procesos psíquicos genuinos [son] estados o funciones de un sujeto, pertenecen a un yo"⁸. O, en una afirmación más simple de Dunlap, "no podemos hablar de experimentar sin un yo que experimenta"⁹. El *self*, por tato, nunca está separado de las experiencias específicas; como señala Oesterreich, "no es algo que exista por sí mismo más allá o además" de las experiencias. Por el contrario, las experiencias existen en el *self*, tomando una frase de Ach, constituye su "fundación esencial"¹⁰.

³ Para un mayor desarrollo sobre los caracteres del *self*, véase *A First Book in Psychology* de la autora, 4th edición, 1913, pp. 3 *et al.*, y XIII, y "Psychology: what is it about", *Journal of Philosophy*, 1908, V., pp. 65-67. Véase., también, A. Pfänder, *Einführung in die Psychologie*, esp. pp. 374, 380. Para una crítica de esta visión, ver J. N. Curtis, en esta revista, 1915, 26, pp. 78-85.

⁴ Nota 33 al Vol. II., capítulo XIV., Sección 7.

⁵ "The Self and The Ego", *Psychological Review*, 1914, XXI., p.62. Ver Dunlap, *A System of Psychology*, capítulos XVI y XX.

⁶ *Psychological Review*, op. cit., XXI., pp. 66-67.

⁷ S. Witasek (un psicólogo de la idea) *Grundlinien der Psychologie*, 1908, I Teil, Kap. 2, p. 38. Véase James, *Psychology, Brief Course*, 1892, p. 153.; y Knight Dunlap, "The Self and The Ego," *Psychological Review*, 1914, XXI., p. 66.

⁸ *Die Phänomenologie des Ich*, 1910, p. 225.

⁹ *Op. Cit.*, p. 68.

¹⁰ N. Ach, *Über den Willensakt und das Temperament*, 1910, pp. 248-249.

- 4) El carácter relacional del *self* con los objetos que componen su entorno ha sido especialmente enfatizado por los psicólogos “sociales” y “diferenciales”¹¹, por Ward¹², Mitchell¹³ y Rehmke¹⁴, y por aquellos psicólogos “funcionalistas” -notablemente Angell y Judd –que admiten un *self*. “El punto de partida de la psicología” como señala Ward “es el de un sujeto viviente en interrelación con su entorno concreto.”

En conclusión, se debería indicar explícitamente que nada definitivo se afirma de la enumeración de estos caracteres tal como se han dados en las páginas precedentes. La descripción psicológica del *self* necesita ser clarificada, ampliada, y enriquecida mediante los esfuerzos de todos los psicólogos que trabajan en todas las ramas de la ciencia¹⁵. (...) [pp. 495-497]

Explicación del fracaso en descubrir el *self* mediante introspección

Las anteriores páginas han mostrado ampliamente que muchos psicólogos creen ser conscientes del *self*; y que no sólo la introspección casual sino la experimental ha descubierto este *self*. Pero una pregunta insistente permanece: El psicólogo del *self* tiene todavía que explicar el hecho de que un amplio número, quizá una mayoría, de psicólogos niegan o ignoran el *self*. De forma general, esta actitud de hostilidad o indiferencia es explicada por el hecho de que los propios psicólogos en cuestión parecen no encontrar trazos del *self* en sus propias introspecciones y en aquellas informadas por sus sujetos y, consecuentemente, cuestionan la rigurosidad de las introspecciones que informan de un *self*. El problema con el que se encuentra el psicólogo del *self* puede por tanto plantearse en los siguientes términos: si realmente el *self* puede ser encontrado mediante introspección científica ¿por qué la conciencia del *self* no es informada por cada experto introspeccionista?

En su intento por responder a esto, el psicólogo del *self* antes de nada afrontará la afirmación de los hechos. Encuentra que los escritos técnicos de los psicólogos que niegan el *self* están llenos de términos de la psicología del *self*, que están repletos de referencias a experiencias, de las cuales “[yo]

¹¹ Véase E. A. Ross, *Social Psychology*, pp. 26f, 43f, 326 et al.; y W. Stern, *Die differentielle Psychologie*, pp. 30, 571, 320f. et al; y J. M. Baldwin, *Social and Ethical Interpretations*, Part 1.

¹² "On the Definition of Psychology", *British Journ. of Psychol.*, 1904, 1., pp. 1ff.

¹³ W. Mitchell, *Structure and Growth of the Mind*, Lect. 1., p. II et al.

¹⁴ *Lehrbuch der allgemeinen Psychologie*, Iter Teil, esp. §§11, 12. Ver Angell, *Psychology*, p. 7; K. Dunlap, op. cit., pp. 63, 68.

¹⁵ Dr. Josephine N. Curtis, en el artículo citado en la nota 3, hace la crítica de que todos los caracteres del *self* podrían ser subsumidos bajo el de 'relacional'. Considerar la interesante sugerencia implicada en esta crítica iría más allá del propósito de esta discusión, preocupada simplemente en señalar que el *self* tiene estos cuatro caracteres tanto si están o no estrictamente coordinados. Debería ser observado también que el carácter relacional, aquí enfatizado, es del *self* con sus objetos, o entorno.

tomo nota”, o sobre las cuales “[yo] estoy interesado”, o con definiciones de realidad psíquica como “aquella que es experimentada por un sujeto individual”. En una palabra, los psicólogos que niegan el *self* están constantemente suponiendo un sujeto, un *self*, y están permanentemente distinguiéndolo de sus experiencias. Para el psicólogo del *self* parece fútil explicar este hábito inveterado de referirse al *self* mediante la convención del lenguaje, porque la convención de reconocer un *self* es precisamente el hecho a ser explicado.

Incluso en protocolos experimentales los psicólogos que niegan el *self* hablan de actitudes “subjetivas” y distinguen entre los introspeccionistas “subjetivos” y “objetivos”. Y en los ampliamente trabajados conceptos contemporáneos de “actitud” (*Bewusstseinslage*), e “instrucción”, o “problema” (*Aufgabe*), así como en las categorías resucitadas de “actividad” y “disposición”, el psicólogo del *self* encuentra las implicaciones más evidentes del *self*. Le parece imposible que pudiera ocurrir una conciencia de instrucción a no ser en la forma de un conocimiento de uno mismo siendo instruido por alguien; e igualmente imposible que alguien pudiera ser consciente de actitud, de actividad, o de disposición a no ser que uno sea consciente de un *self* que es activo, tiene disposiciones, y toma actitudes.

No obstante, aunque acumule evidencia circunstancial de que los psicólogos que niegan el *self* están todo el rato presuponiéndolo, el psicólogo del *self* encuentra muy difícil, si no imposible, en cada caso específico rebatir la afirmación del psicólogo anti-*self* de que los términos “yo” y “tú” son meras “etiquetas verbales”. Por esta razón, y debido a que el propósito que subyace a este artículo es poner claro el punto de vista de la psicología del *self*, más que refutar a sus críticos, será asumido en lo que queda de esta discusión que los hechos son como los afirmados por los oponentes de la psicología del *self*; esto es, que un amplio número de observadores cualificados fracasa en encontrar el *self* en introspección. El psicólogo del *self*, sin embargo, puede ofrecer cuatro razones para explicar este fracaso. Estas son: (1) la ubicuidad del *self*; (2) el hecho de que la propia introspección sistemática se interesa principalmente por experiencias sensoriales y pensamiento; (3) el carácter de las instrucciones específicas que frecuentemente se dan a los introspeccionistas; y (4) el hecho de que las concepciones de la introspección y del informe excluyen con frecuencia, virtualmente o explícitamente, toda referencia al *self*.

- 1) El hecho, tan frecuentemente enfatizado ya, de que siempre soy consciente del *self* tiende directamente a convertirme inadvertido de ello. Del mismo modo que si se me pidiera dar cuenta totalmente de mi experiencia sensorial en un momento dado podría muy bien olvidarme de nombrar las sensaciones de la presión de mi ropa, simplemente porque son constantes, presumiblemente también, por una razón similar, los introspeccionistas con frecuencia fracasan en nombrar el *self*.
- 2) Una segunda razón de por qué la introspección controlada tiene tan poco que decir sobre el *self*, es porque ha estado ampliamente ocupada o bien con la percepción e imaginación o con el pensamiento –con los “procesos de pensamiento”, “el pensamiento sin imágenes”, “elementos relacionales”, *Denkthätigkeit*. Pero la percepción y la imaginación tienen objetos impersonales y “externos” y el pensamiento está principalmente referido no a objetos personales –mi yo y otros yoes- sino a relaciones estrictamente impersonales. Cuando estudio la discriminación, comparación, o inferencia me preocupo más de las relaciones impersonales, semejanza y causalidad, o de las cosas semejantes y causalmente relacionadas, que de mi *self* relacional y sus prójimos. Al informar mi introspección de

percepción, imaginación o pensamiento es muy probable por tanto que no nombre la conciencia no enfatizada del *self*.

- 3) Las instrucciones dadas a los introspeccionistas apenas hacen mención al *self*. Al sujeto se le instruye para que atienda a todas sus sensaciones –y especialmente se le recuerdan las sensaciones kinestésicas y orgánicas-, se le dice que anote el placer y el displacer si ocurren y que marque la intensidad y orden y duración de las diferentes experiencias; y se le puede pedir que marque la aparición de cualquier factor no sensible. Existen incluso unos pocos ejemplos registrados en los que se ha instruido al sujeto (sin resultado) para que anote cualquier caso de auto-conciencia que pudiera ocurrir. Pero muy infrecuentemente se dan sugerencias específicas de fases o factores de auto-conciencia. Apenas se orienta al sujeto para que distinga entre receptividad y actividad del *self*, o que anote cualquier conciencia de compartir la experiencia de otros, u observar cualquier conciencia de sí mismo como persistente o como diferenciado de otros yoes. En ausencia de tales sugerencias concretas está obligado a registrar su introspección en los términos que le son más familiares –aquellos de la psicología que niega el *self*.
- 4) La razón más significativa de la infrecuente aparición del *self* en los informes introspectivos descansa en dos preconcepciones asociadas sobre la introspección que arbitrariamente y por definición limitan su alcance. La primera de ellas es la doctrina de que la introspección debe tener por su objeto o bien elementos estructurales o bien funciones psíquicas¹⁶ y que un informe fiable de introspección, en otras palabras, una descripción de experiencia, debe limitarse a una enumeración de estos elementos (o funciones). En el laboratorio de Cornell, por ejemplo, el observador es formalmente enseñado que “en la introspección estamos describiendo un proceso consciente” y que “las categorías de descripción son los últimos términos del análisis, los procesos elementales y sus atributos”¹⁷. Evidentemente el sujeto bien entrenado, enseñado que la introspección consiste en una enumeración de procesos elementales (ya sean estos concebidos como sensaciones, afectos, y elementos-de-pensamiento posibles o como funciones) sólo informará de estos procesos. El *self* está por consiguiente predestinado al exilio perpetuo de la psicología.

Al argumento del psicólogo del *self* de que esta concepción de la psicología es inadecuada y que una descripción completa de la experiencia debe incluir no sólo esta enumeración de procesos mentales sino también una explicación más allá del *self* de quien son los procesos, los defensores de esta visión de la introspección oponen el segundo de sus dogmas a priori. Manifiestan que una explicación del *self* en sus diferentes actitudes¹⁸ hacia su medio es una mera narración no técnica de la

¹⁶ La psicología funcionalista, así como la estructuralista, prescinde a veces de un *self*.

¹⁷ Titchener, "The Schema of Introspection", en esta revista, 1912, 23, pp. 494, 495.

¹⁸ Utilizo este término para designar las relaciones básicas del *self* con sus objetos. A la crítica (véase E. A. Gamble, *op. cit.*, p. 197) de que el término debería ser dedicado exclusivamente a la traducción *Bewusstseinslage* de Marbe sólo puedo responder (1) que yo usé la palabra 'actitud' en el mismo año, 1901, en el cual Marbe empleó *Bewusstseinslage* (véase mi *Introduction to Psychology*, primera edición); (2) que, aunque Marbe usa el término en un sentido más amplio, mis 'actitudes' entrarían, en mi opinión, dentro de su *Bewusstseinslagen*; y (3) que no conozco otro término que exprese mi significado tan bien.

experiencia, una “afirmación de significado” o una “afirmación verbal¹⁹”, no una “descripción científica”. La aceptación de este dogma de nuevo excluye automáticamente el *self* de la psicología ya que el observador cotidiano está constantemente describiéndose a sí mismo declarando, por ejemplo, que puede sentirse “a sí mismo” poniéndose cada vez más enfadado; que está seguro de que “él” ha estado aquí antes; o que puede conseguir su meta sólo si “él mismo” se esfuerza.

La doctrina de la diferencia radical entre el objeto del científico y el de la conciencia cotidiana es defendida por Titchener en el siguiente fragmento: “El mundo de las cosas y la gente nunca es idéntico ni al mundo de la física ni al mundo de la psicología; ya que la física no trata con barcos y trenes sino con masas y distancias y velocidades; y la psicología no trata con disputas y éxitos, sino con emociones y acciones voluntarias²⁰”. Pocos físicos o psicólogos se encontrarán en completa armonía con esta enseñanza. El mundo de la física y el mundo de la psicología no son, claro está, completamente idénticos, respectivamente, al mundo de las cosas y al mundo de la gente, y la física y la psicología, como ciencias analíticas, de hecho se refieren a masas y velocidades por un lado y a emociones y voliciones por otro. Pero eso está lejos de ser una prueba de que la física y la psicología no estudian analíticamente los objetos de observación acrítica del hombre corriente. Más aún, las masas y velocidades, las emociones y voliciones son el resultado del estudio analítico de los científicos de los barcos, trenes, disputas y éxitos. Diciéndolo en términos más generales: El argumento sobre el que se basa la visión de que el objeto de descripción científica no puede ser idéntico a aquel de la conciencia cotidiana es el hecho de que la descripción científica difiere de la narración cotidiana de la experiencia. Esta diferencia incuestionablemente existe, pero es ampliamente explicada por la diferencia en método y propósito entre el informe científico y el no científico²¹.

Parece pues que no existen razones para aceptar el dogma de la diferencia esencial entre los objetos científicos y los objetos cotidianos. Y de hecho esta distinción se contradice profundamente con el procedimiento actual de las ciencias que está analizando y explicando constantemente precisamente los objetos –relámpago y arcoiris, marea y rocío- que el hombre común observa acríticamente. Para ilustrar esto desde la psicología de los sentidos: el hombre llano no ha sido entrenado para identificar el azulado de las sombras sobre la nieve del atardecer; pero el psicólogo, aunque corrija su descripción, no rechaza creer que el hombre llano ha visto un objeto aproximadamente indicado mediante el término “nieve”. De forma similar, aunque el psicólogo bien puede cuestionar la precisión de la explicación sobre el *self* del hombre corriente, no tiene justificación para obviar la afirmación común, o implicación, de un yo basal a percepciones, memorias y voliciones. Pero tanto si las posiciones del psicólogo del *self* son aceptadas como si no, el principal argumento de esta sección es

¹⁹ La primera frase es usada por Titchener, la segunda por Dürr. Ambas frases son ambiguas. La segunda limita demasiado el significado de sus términos: incluso una descripción científica es una afirmación verbal en el sentido corriente de las palabras; y el mismo comentario se puede hacer sobre ‘comunicación’ de Aster (*Kundgabe*). Y respecto al término ‘significado’: sus diferentes usos en la psicología contemporánea ciertamente demandan un estudio comparativo. Entre el uso de Titchener, por ejemplo, y la aplicación virtual del término por parte de Angell a los ‘procesos de pensamiento’ existe un contraste que al menos debería ser mencionado.

²⁰ “Description Vs. Statement of Meaning”, en esta revista, 1912, 23, p.167.

²¹ E. B. Titchener, “Prolegomena to a Study of Introspection”, en esta revista, 1912, 23, p. 436.

incontrovertible. Ya que parece claro que si la introspección está definida como enumeración de “procesos conscientes”, y si la descripción se limita a objetos radicalmente diferentes de aquellos de la introspección ordinaria, entonces el *self* queda excluido, por instrucción, del informe experimental. En conclusión, se puede aventurar la observación de que en vista de la relativa pobreza de los estudios introspectivos y de su preocupación por experiencias relativamente impersonales, y en vista, también, de las direcciones dadas a los introspeccionistas y de las preconcepciones sobre las cuales estas direcciones están basadas –resulta más sorprendente quizá que el *self* haya desempeñado si quiera algún rol en la psicología técnica que el hecho de que muchos psicólogos pudieran fracasar en registrar su presencia. [pp. 519-524]

A Reconciliation Between Structural And Functional Psychology

Mary Whiton Calkins

Mary Whiton Calkins. (1906). *A Reconciliation Between Structural And Functional Psychology*, *Psychological Review*, 13, 61-81¹.

Traducción y selección de extractos: Silvia García Dauder

El *self* consciente como el hecho basal de la Psicología

Por *self* como hecho psíquico me refiero a lo que el hombre corriente se refiere por *self*, en tanto esto no implica la visión de que el cuerpo constituye parte de un *self*². Este *self* consciente, el *self* del hombre corriente, en la forma desarrollada en la que comúnmente lo estudiamos, es en primer lugar entendido como subyacente a las experiencias del momento –como teniendo percepciones, imágenes, y demás, o, más exactamente, como “percibiendo”, “imaginando” y “sintiendo”. Y, en segundo lugar, cada *self*, además de ser fundamental a sus propias ideas o experiencias, también es un *self* relacionado. Es decir, siempre soy consciente de mí mismo [*myself*] como de alguna forma relacionado con mi entorno, social o físico.

Esta doctrina del *self* como el fenómeno psíquico fundamental debe ser defendida, primero, de la contra-teoría de que el hecho basal de la psicología es el evento psíquico, y su corolario de que el *self* es una mera serie o sistema de tales eventos psíquicos. El hecho psíquico, concebido en este segundo sentido, ha sido denominado por Locke “la idea”, por Hume “la percepción”, por Spencer “el sentimiento”. Titchener, uno de los más consistentes defensores modernos de la doctrina estructural, denomina al evento psíquico “proceso mental”³. El término de Locke, “idea”, me parece el más simple y el mejor para designar el fenómeno psíquico desde este punto de vista: el hecho de conciencia, considerado como estrictamente individual, aislado artificialmente de otros hechos, y –en particular– considerado aparte de cualquier *self* o mente. Empleado de esta forma, en el sentido lockeano, el término “idea” por supuesto abarca emoción, creencia, y volición así como percepción, imagen, y pensamiento. (...) [pp. 63-64]

¹ Este artículo, sustancialmente como está escrito, fue presentado, como Discurso de Presidenta, a la *American Association of Psychology*, en su reunión en Cambridge, en diciembre de 1905.

² Una justificación de esta omisión se desarrollará más adelante.

³ Usando este término, Titchener me parece invalida su propia concepción de la mente como “suma o serie de procesos mentales” (*Outline*, §3; cf. *Primer*, §4). Un proceso no es algo que pueda ser sumado o añadido; es, como el propio Titchener dice, “algo que llega a ser” (*Outline*, §2).

Pero a pesar de la posibilidad abstracta de concebir la conciencia como una serie de ideas y la psicología como la ciencia de esta corriente de ideas, estoy sin embargo convencida de que el *self* y no la idea debería ser tomado como el hecho basal de la psicología. Existen dos razones para la superioridad de esta doctrina del *self*. En primer lugar, la idea es en sí misma una abstracción que invariablemente implica un *self*. Y, en segundo lugar, la descripción de la conciencia a través del análisis de las ideas no es una explicación completa ni adecuada de la experiencia consciente real. (...) [p.64]

De momento es necesario añadir a esta distinción entre el *self* y la idea un contraste tan agudo como el que pueda trazarse entre el *self* del psicólogo, así definido, y el *self* del biólogo, el del filósofo y el del sociólogo.

Por *self* como hecho fundamental de la psicología no me refiero, en primer lugar, al organismo psico-físico, cuerpo más conciencia o cuerpo considerado como poseído de conciencia. Hacia esta concepción del organismo psico-físico como hecho psíquico, la objeción es, muy brevemente, que la doctrina pertenece no a la psicología, sino a la biología. La ciencia biológica puede estudiar muy propiamente la naturaleza, las relaciones y el desarrollo de todo animal observado como un cuerpo que tiene conciencia⁴, pero la psicología, si se considera una ciencia y no un mero departamento de biología, es una “ciencia de la conciencia” y como tal no puede propiamente adoptar como su fenómeno basal un complejo de físico y psíquico. El resultado práctico de tal combinación es, en mi opinión, como Titchener sugiere⁵, que lo psíquico no pasa a ser entendido como coordinado con lo físico sino como una función de ello, de tal forma que el hecho de “que estos procesos subyacentes sean psíquicos deviene un accidente”.

Es igualmente necesario insistir en que el *self* del psicólogo no es idéntico al del filósofo. Un *self* como hecho psíquico no es un objeto de argumento filosófico sino de conciencia inmediata. En otras palabras, no surge ningún cuestionamiento sobre su naturaleza última: se da por hecho, como cualquier objeto de cualquier ciencia, sin más investigación. Así como un mineralogista da por hecho que existen piedras; y así como un zoólogo da por hecho que existen cuerpos animales, así el psicólogo da por hecho la existencia de *selves*.

Es imposible poner suficiente énfasis sobre esta distinción entre el *self* del filósofo y el del psicólogo, ya que la tendencia a confundirlos es responsable, en mi opinión, de la oposición por parte de los psicólogos estructurales a la visión aquí mantenida, y por tanto de la contra-teoría de que el *self*, en la medida en que la psicología lo aborda, es una mera suma o serie de ideas. La fuerza de esta doctrina humana radica en la suposición de que la única alternativa es una filosofía del *self*. Pero aunque sólida filosofía esté basada en psicología y puede muy bien comenzar, como lo hizo Descartes, desde el mí mismo [*myself*] como inmediatamente observado, sin embargo la psicología no necesita ni

⁴ *Development and Evolution* del profesor Baldwin, es un buen ejemplo de este tipo de estudio principalmente biológico. Discute el “desarrollo y evolución de la mente y del cuerpo tomados conjuntamente”. Desde ese punto de vista, como dice Baldwin “cambios en la mente y en el cuerpo van juntos, y juntos constituyen el fenómeno”. Yo no estoy objetando este procedimiento, sino simplemente afirmando que es biológico, no psicológico.

⁵ Véase su artículo 'The Postulates of a Structural Psychology,' *Philosophical Review*, VII., 1898, pp. 449-465.

debería extenderse en filosofía. La psicología no razona sobre el lugar de sus *selves* en una realidad total y final, simplemente los acepta en sentido literal como hechos observados.

El *self* relacionado como fenómeno psíquico basal debería ser distinguido, finalmente, del hecho fundamental de la sociología, a saber, el organismo social. El hecho basal de la psicología es el *self* individual en sus relaciones, ante todo social; la unidad de la sociología es el sistema interrelacionado de *selves*. La psicología, en otras palabras, pone énfasis en el individuo, al tiempo que insiste en que el individuo es constituido, en gran parte, por sus relaciones sociales; la sociología enfatiza la familia, el estado, la comunidad, aunque reconociendo los individuos como sus miembros. La relación de la psicología con la sociología es, de hecho, muy similar a la relación entre la fisiología y la zoología. Al igual que el hecho fundamental, o unidad, de la psicología es el individuo socialmente relacionado, así el hecho basal de la fisiología es el cuerpo individual –estudiado, por supuesto, como relacionado con los cuerpos del entorno. Y de alguna forma al igual que la unidad de la sociología es la comunidad, la unidad de la zoología es la especie. (...) [pp. 65-67]

La Psicología del *self* como reconciliación entre la psicología estructuralista y la psicología funcionalista

Ya me he detenido en dejar clara la concepción del *self* consciente como hecho basal de la psicología. Ahora tengo que mostrar que esta concepción facilita, y de hecho necesita, una unión entre la psicología estructuralista y la funcionalista. Para apoyar este punto, intentaré mostrar que cada uno de estos términos, estructural y funcional, está habitualmente construido para abarcar tanto una doctrina de análisis psicológico como una doctrina en relación con el hecho basal de la psicología. Argumentaré (1) que los psicólogos estructuralistas y un grupo (pero sólo un grupo) de psicólogos funcionalistas están injustificados en sus doctrinas sobre el fenómeno psíquico basal; pero que (2) en sus doctrinas de análisis psicológico, tanto la psicología estructural como la funcional están en lo correcto: el análisis de una complementa el de la otra –en palabras del profesor Angell, cada descripción de función implica alguna referencia a los elementos estructurales, tanto como las propias funciones reales implican estructura⁶. Finalmente (3), argumentaré que ambos tipos de análisis, el estructural y el funcional, son esenciales para una adecuada psicología del *self*.

Desarrollaré esta concepción, primero, en referencia a la psicología estructuralista. De acuerdo con un prejuicio común, el análisis en elementos, sensitivos, afectivos y similares, necesariamente implica la asunción de que el fenómeno psíquico analizado es el evento psíquico o la idea. Así, la psicología estructural se convierte en sinónimo de una psicología de la idea. Pero ya se ha señalado la artificialidad e inadecuación de esta concepción de la unidad psíquica como idea. Ciertamente, la idea no es el fenómeno psíquico basal, inmediatamente observado. Y por esta razón, los psicólogos funcionales suelen criticar y oponerse a lo que ellos llaman psicología estructural. Pasan por alto el hecho de que el rasgo realmente característico de la psicología estructuralista no es su unidad atomística, sino más bien su procedimiento analítico. La psicología estructuralista consiste esencialmente en la enseñanza de que la tarea de la psicología es, primero, analizar experiencias

⁶ 'The Relations of Structural and Functional Psychology to Philosophy', *Decennial Publications of the University of Chicago*, First Series, III., p. 57.

típicas hasta que se alcanzan elementos irreductibles, y segundo, clasificar los tipos corrientes de experiencia compleja en función de si uno u otro de esos elementos predomina. Los psicólogos estructuralistas pueden y de hecho complementan este análisis y clasificación buscando para cada experiencia o clase típica de experiencias una explicación científica –esto es, buscando asociarla con otros hechos, o grupos de hechos, ya sean psíquicos, fisiológicos o físicos. [pp. 68-69]

Pero este análisis en elementos estructurales –debe insistirse- no es necesariamente el análisis de una idea o evento psíquico: es, por otro lado, tan fácil como descubrir los elementos estructurales de la conciencia considerada como la experiencia de un *self*, porque aunque cada experiencia consciente es alguna relación, simple o compleja, de un *self* con su medio, es también un complejo de diferentes experiencias elementales, sensitivas, afectivas y similares; y esas experiencias elementales están por supuesto siendo observadas como suscitadas y acompañadas por específicas condiciones corporales. En una palabra, la psicología como ciencia de la conciencia y *sel/ves* relacionados puede y debe asumir el descubrimiento analítico de elementos de experiencias conscientes como tal. Por virtud de este procedimiento estructural es verdaderamente una psicología estructural, aunque rechace completamente la doctrina del evento psíquico, o idea, como el hecho basal de la psicología.

Desde este esfuerzo por demostrar que la psicología del *self* incluye la parte esencial de la psicología estructuralista, pasaré a considerar la relación entre la psicología funcionalista y la psicología del *self*. La psicología funcional, también, es un término que ha sido utilizado para indicar tanto una concepción del hecho fundamental de la psicología como un tipo característico de análisis psicológico. En relación con la doctrina de la unidad de la psicología, los psicólogos funcionalistas están de acuerdo en su bien justificada oposición hacia la concepción atomista de la idea como hecho basal o unidad de la psicología. Ciertamente, no presentan un frente unido, pero muchos –quizá la mayoría de ellos- conciben el organismo psico-físico como el hecho basal de la psicología, sosteniendo que la psicología debe interesarse por las relaciones del *self* psico-físico funcional, el cuerpo consciente, con su ambiente. Esto, como he intentado mostrar, es una sustitución injustificada de una concepción psicológica por una biológica. Parece, además, no formar parte inherente de la psicología funcionalista, en la medida en que muchos psicólogos funcionalistas no lo sostienen. Angell, por ejemplo, mantiene la afirmación de que el organismo psico-físico es una unidad real, pero el reconocimiento de que “la separación entre mente y cuerpo puede ser realizada en nombre de alguno de nuestros intereses teóricos o prácticos”. Dice, de hecho –aunque no creo que su procedimiento siempre se conforme a esta afirmación- que “la primera tarea” de la psicología “es analizar y explicar hechos mentales”⁷. El profesor Mead, yendo más allá, parece expresamente identificar el hecho basal o unidad de la psicología con el *self*, el “yo” o “sujeto en persona”, como él lo llama, “el sujeto que es *** [sic] más que una asunción”⁸.

Los psicólogos funcionalistas están, por tanto, lejos de la unanimidad en enseñar que el organismo psico-físico es el hecho basal en la psicología y se equivocan, en mi opinión, en la medida en que sostienen esta doctrina. La verdad es, sin embargo, que la psicología funcionalista, como la estructuralista, consiste esencialmente no en una doctrina de la unidad de la psicología, sino más

⁷ Psychology, p. 6.

⁸ 'The Definition of the Psychical,' Decennial Publications of the University of Chicago, First Series, Vol. III., Part II., pp. 104 seq.

bien en un tipo de análisis psicológico. Como tal, me parece que encarna las siguientes concepciones: primero, y fundamentalmente, la concepción de la conciencia en términos de las relaciones con el entorno que implica; segundo, la concepción de la conciencia en términos de la significación o valor de esas relaciones. Intentaré mostrar que la psicología funcional, concebida en el primer sentido, puede coincidir con la psicología del *self*, y que, vista desde la segunda forma, puede ser complementaria o subordinada a la psicología del *self*.

Difícilmente se puede negar que la psicología funcionalista, sea lo que sea lo que incluya además, incluye esta concepción de la conciencia como relación experimentada con el entorno. Esto está implícito en el reiterado énfasis que ponen los psicólogos funcionales sobre la importancia de la “reacción” y la “respuesta”. Con frecuencia se señala claramente en sus definiciones. Angell, por ejemplo, habla de sensación como “la función psíquica mediante la cual el organismo es puesto en contacto con su entorno”⁹. Pero esto, que es la concepción característica de la psicología funcionalista, no sólo es reconciliable con la psicología del *self*, es parte de la psicología del *self*. Ya que la psicología del *self*, al igual que la psicología funcionalista, considera las experiencias conscientes como relaciones con el medio. Nada más, de hecho, puede ser referido mediante las concepciones de actividad, pasividad, empatía, y oposición, por las cuales es necesario distinguir los hechos psíquicos vistos como experiencias de un *self*¹⁰.

Es verdad que la psicología funcionalista y la del *self*, tal y como están formuladas, no siempre dan descripciones idénticas del entorno con el cual la unidad psíquica está relacionada. El psicólogo funcionalista tiende a enfatizar el entorno físico, o –de forma más precisa- el entorno biológico, mientras que el psicólogo del *self* pone su acento en el entorno social o personal. Sin embargo, incluso aquí, existe un acuerdo sustancial. Ya que todos los psicólogos funcionalistas, al menos implícitamente, reconocen las relaciones sociales, y Angell incluso señala: “Deberíamos atender a todas las operaciones de la conciencia como tantas expresiones de adaptaciones orgánicas a nuestro medio, un medio que debemos recordar es social tanto como físico”¹¹. Y a la inversa, aunque la psicología del *self*, como yo la concibo, observa las relaciones de un *self* con un entorno personal como lógica y genéticamente previo, también da cuenta de emociones impersonales y de voluntad dirigida a situaciones externas e impersonales –en una palabra, de un entorno impersonal¹².

La concepción cardinal de la psicología funcionalista, la de la conciencia como implicando relación interna con el ambiente, es evidentemente, por tanto, un factor integral de la psicología del *self*. Pero la psicología funcional incluye la doctrina complementaria de que la conciencia ha de ser concebida y clasificada, no sólo como relación en general, sino como relación “efectiva” o beneficiosa –dicho de otro modo, como una función que tiene significado o valor. Función, en otras palabras, es definida como “parte desempeñada con relación a alcanzar o mantener un fin”¹³. Esta doctrina de los

⁹ Op. Cit. in Decennial Publications of the University of Chicago, Series I., Vol. III., Part II., p. 58.

¹⁰ Véase pp. 76 seq. en este artículo.

¹¹ Psychology, p. 7.

¹² Véase mi Introduction to Psychology, pp. 276 seq., 309 ; Der dopfielte Standpunkt in der Psychologie, pp. 63, 74.

¹³ J. Dewey, 'The Reflex Arc Concept,' Psychological Review, Vol. III., p. 365, 1906.

psicólogos funcionalistas –un síntoma o una aplicación del movimiento moderno en psicología conocido como pragmatismo- apenas necesita ser ilustrada. Aparece en las descripciones de Angell de las funciones cognitivas como “uno de los puntos en los cuales la conciencia es de más obvio valor”¹⁴, y en su afirmación de que “la verdad o la falsedad son nombres que impresionan para operaciones de adaptación relativamente completas (i.e. exitosas) y relativamente incompletas (i.e. fallidas)”; y en su enseñanza de que en la voluntad “la conciencia es selectiva para lo beneficioso”. Y Dr. Arnold, quien recientemente ha avanzado en defensa de la teoría funcional, dice “que la percepción es estudiada como dando significado al objeto de interés”, y que “las imágenes han de ser consideradas como ayudas lógicas para la acción”¹⁵.

Cualquiera que sea la naturaleza de este método de describir hechos psíquicos en términos de su utilidad, tal concepción puede evidentemente ser armonizada con la doctrina de que el *self* psíquico, no el organismo psicofísico, es un hecho basal de la psicología. Ya que con seguridad no sólo el organismo corporal, sino el *self* pensante, emotivo y luchador también, es capaz de relaciones más o menos “exitosas”, “útiles” y “completas” con su ambiente, cualquiera sea el estándar de utilidad adoptado. Percepción aguda, imaginación vívida, sutil pensamiento pueden reforzar el *self* en su oposición consciente al entorno o en su igualmente activa adaptación. Esto es decir solamente que todas las experiencias tienden al desarrollo de la actividad del *self*. No existe por tanto descripción de un contenido psíquico como promocionar eficiencia, o como dar significado, pero puede ser asignado por el psicólogo del *self*.

No es este el lugar para discutir la cuestión más fundamental de si es conveniente, así como posible, considerar uso o valor como términos técnicamente psicológicos. Si tal procedimiento fuera llevado hacia sus límites, “una psicología funcional minuciosa”, como Angell francamente reconoce, “debe finalmente entrar en investigaciones que son hoy en día posesión exclusiva de la lógica, la ética y la estética, respectivamente”¹⁶. Yo misma me inclino a la visión conservadora de que la psicología, aunque forme tanto una base indispensable como una parte constitutiva de la estética y de la ética, difiere de cada una en la medida en que nunca asume ni el valor, ni la belleza, ni la verdad, para propósitos de descripción estrictamente psicológica, como un término final. Se seguiría que el valor de un tipo dado de conciencia sería, desde el punto de vista de la psicología, no un hecho constitutivo sino relacionado. Pero no estoy interesada ahora en argumentar este punto. Mi argumento es simplemente el siguiente: Admitiendo la propiedad de las descripciones de los psicólogos funcionalistas en términos de valor, podemos todavía insistir que los valores son principalmente personales: en otras palabras, que los términos se aplican ante todo al *self* en relaciones sociales y no exclusivamente o necesariamente al organismo psico-físico.

De todo esto se sigue que la psicología funcionalista, correctamente concebida, es una forma de psicología del *self*, que su fenómeno basal es el *self* del psicólogo, y que sus contribuciones

¹⁴ *Decennial Publications*, *op.cit.*, pp.64,65.

¹⁵ *Psychological Bulletin*, II. p. 372, Noviembre, 1905. Véase la descripción común de la función de un estado psíquico como “la de reconstrucción de la coordinación desintegrada”. Mead, *op. cit.*, p. 106 seq. Véase Dewey, *op. cit.*, pp. 358, 361, *et al.*; and Bawden, *Philos. Rev.*, 1902, 1903.

¹⁶ *Decennial Publications*, *op.cit.*

significativas a la psicología son, primero, su doctrina del carácter inherentemente relacional del *self* con el ambiente, y segundo, su insistencia sobre la eficiencia progresiva o utilidad de esas relaciones. Ciertos autores reconocidos como psicólogos funcionalistas sostienen, es cierto, concepciones irreconciliables con las de la psicología del *self*. Estas son las enseñanzas de que la unidad de la psicología es el organismo psicofísico y que la psicología se debe centrar en los procesos sensorio-motores de este organismo, como tal. Pero se ha mostrado que esta doctrina carece de la aprobación de muchos psicólogos funcionalistas, y que sustituye una concepción puramente psicológica por una fisiológica o biológica. Pulida de esta excrescencia biológica, una psicología funcionalista –como he intentado mostrar- es una psicología del *self*.

El rechazo a admitir el organismo fisiológico y sus procesos como fenómenos genuinamente psicológicos no impide, por supuesto, su reconocimiento como hechos correlacionados. El psicólogo del *self*, en otras palabras, da cuenta de los procesos sensorio-motores, las reacciones y actitudes corporales, sobre los cuales los psicólogos funcionales ponen énfasis, de la misma forma que da cuenta de los fenómenos neurológicos enfatizados por los psicólogos estructurales. No sostiene, ciertamente, que tanto el organismo como cualquier movimiento o actitud de él es en sí mismo un fenómeno psíquico, no más de lo que sostiene que una excitación nerviosa es un evento psíquico. Sin embargo puede y prácticamente asume que los hechos psíquicos son condicionados o acompañados o seguidos por fenómenos fisiológicos o biológicos. Considera al organismo, en otras palabras, como el correlato fisiológico del *self*, y los movimientos corporales como antecedentes, o correlatos, o consecuencias del fenómeno psíquico. Así, también, para el psicólogo del *self*, las actitudes y reacciones corporales tienen una importancia especial en la medida en que sirven como adaptaciones del organismo corporal al entorno biológico y físico¹⁷.

Con esta conclusión, he llegado al final de la segunda sección de este artículo. He intentado mostrar que la psicología del *self*, la doctrina de que el *self* consciente es el hecho basal de la psicología, armoniza las doctrinas esenciales de la psicología estructuralista y funcionalista. He argumentado esto sobre la base de que la conciencia, que siempre implica un *self* consciente, es un complejo tanto de elementos estructurales como de relaciones del *self* con el entorno. Esta doctrina de la psicología, como he intentado mostrar también, forma una base para las explicaciones neurológicas y biológicas del hecho psíquico que son corrientes en psicología. [pp. 70-76]

¹⁷ Esta forma de considerar las reacciones corporales como hechos externos objetivos, paralelos a formas de conciencia, por supuesto no elimina la posibilidad de analizar la conciencia de cualquier movimiento corporal en elementos de conciencia, principalmente sensitivos. Determinados psicólogos funcionales no encuentran dificultad en admitir esto. Véase Dewey, *op. cit.*, p. 364: “El movimiento en tanto psíquicamente descrito, es en la misma medida sensación como lo es el sonido o la luz”. Véase también, la sentencia citada de Angell en la página 69. Para un ejemplo de la falsa oposición entre función y estructura, véase Felix Arnold (ya citado en la página 73) en *Psychological Bulletin*, *op. cit.*, p. 372.